

RIVER PARA FÉLIX

LA AVENTURA DE RECIBIR Y TRANSMITIR LA HERENCIA
GALLINA. UNA HISTORIA DE PADRES E HIJOS

ANDRÉS
BURGO



ANDRÉS BURGO

RIVER PARA FÉLIX

1

Un viaje entre Darío y Félix

En los días siguientes al 9 de diciembre de 2018, al regresar de Madrid después de haber nadado en las aguas de nuestro río sagrado, el 3-1 a Boca en el Santiago Bernabéu, me habría encantado subirme a otro tipo de viaje, uno hacia al futuro. Quería que Félix, mi hijo que entonces tenía dos años, creciera para transmitirle la experiencia que acababa de vivir, la de una definición de Copa Libertadores que atravesará generaciones. Así como puedo recordarme a mis 10 u 11 años con los ojos bien abiertos delante de mi viejo, prestándole atención como si fuera un anciano de la tribu riverplatense cada vez que me decía que había visto jugar a La Máquina —nuestra fabulosa delantera de los años 40—, me imaginé contándole a mi hijo detalles de la noche española

en que la *Máquina* del siglo XXI, la del Muñeco Gallardo, ganó una final que no solo nos hará un poco más felices el resto de los días a los hinchas de River: también ayudó a encas-trar relaciones entre padres e hijos.

Sin que supieran que desde hacía dos años me dedicaba a este libro sobre paternidades y equipos de fútbol, algunos amigos me relataron sus historias domésticas alrededor del 9 de diciembre. Diego Bruno, un querido gallina que conocí en los días de la B, me contó que los abrazos que se dieron con su viejo Mario tras la corrida del Pity Martínez no fueron los más grandes ni los más sentidos, sino los primeros que se estrecharon en sus vidas. Uno con 70 años y el otro con 36, los dos seguían llorando enfrente del televisor cuando Mario, en admirable pelea contra un cáncer de vejiga, balbuceó además una de esas confidencias que solo soltamos desde las profundidades: «Ahora puedo morirme en paz». Aunque a primera vista parecía decirlo por nuestro triunfo de todos los tiempos, hay frases que cargan un significado secreto y Mario seguramente se refería a la verdadera cuenta saldada, a la concreción de ese abrazo ausente durante décadas. A falta de palabras, River había sido su ventrílocuo. Die-

go me habló de aquella redención a un mes del 9 de diciembre, durante una cena de festejo por el triunfo en la final, y yo sentí que su historia podría haber sido la mía: River también fue mi puente con mi viejo, Darío, por quien me hice gallina, cuando tuvimos que reacondicionar una conexión austera.

Alba Piotto, colega y excompañera de redacción, me comentó que siguió el 3-1 por radio en el hospital Piñero, donde acompañaba la internación de su madre de 87 años, Sara. «Mi vieja sufría una hemorragia interna muy intensa y estaba “ahí”, groggy, entre irse y quedarse —me dijo Alba, cuarenta y cinco días después del partido—. Le hacían transfusiones, sospechaban de un cáncer, los estudios se retrasaban. El domingo de la final durmió casi todo el día y no almorzó. Yo tenía el corazón en dos lugares, así que me puse los auriculares y terminé escuchando la radio en un patio interno del hospital, hecha un bollito, cayéndome al piso. Cuando el relator empezó a decir “River campeón de América, River campeón de América”, corrí agitando los brazos, subiendo y bajando escaleras, y aunque entré a su habitación con cuidado porque en la cama de al lado había una señora muy complicada, sacu-

dí a mi vieja para despertarla. Con los puños apretados le dije: “Mami, mami, ganó River, ganamos, somos campeones” y no sé qué cara me habrá visto, pero sonrió y las dos nos pusimos a llorar».

Al otro lado del recorrido, en la espera de una paternidad inminente, un colega y compañero de trabajo, Mariano, temió haberse excedido en los festejos con su pareja, Lucía, embarazada de ocho meses y tres semanas de Martina, cuyo nacimiento estaba programado para cinco días después, el 14 de diciembre de 2018. «Veíamos la final en casa, en el mismo lugar de toda la Copa, y con el gol de Juanfer Quintero me desbordé tanto que salté para abrazar a mi mujer y nos pegamos un panzazo terrible. Rebotamos como una pelota y tuve una sensación ambigua, la del delirio por River y la preocupación por ellas. “¿Estás bien, Gorda; estás bien, Martinita?”, le hablaba a la panza, y seguía gritando como un poseído». También en la primera estación de la paternidad, Guido Cincunegui, otro compañero de redacción, sería padre de Ramiro a los pocos días, el 18 de diciembre, y en tiempo récord lo pondría al tanto: «Lo primero que le dije cuando lo tuve en brazos —me contó— fue:

“¡Hola, hijo, hace nueve días nos cogimos a Boca en Madrid!”. No había pensado esa frase, se me ocurrió en el momento, ¿pero qué otra cosa podría haberle dicho?». Un mes y medio antes, en la noche de la hazaña contra Gremio que nos llevó a la final contra Boca, también fue padre otro periodista amigo, Tomás Grois. «Emma nació por cesárea el 30 de octubre a las 8 de la noche y la semifinal arrancó a las 21.45 —me dijo—. Acompañé en terapia a mi bebita hasta que calculé que faltaban 10 minutos para que terminara el partido y salí para mirarlos con mi papá, que me estaba esperando en el pasillo. Fuimos a planta baja, encontramos un televisor y llegamos justo al penal del Pity Martínez: cuando lo convirtió, gritamos desahogados. Pocas veces abracé tanto a mi viejo».

El fútbol no es exclusivamente un lugar de padres e hijos o de madres e hijas pero se le parece bastante. A veces, incluso, desde lo simbólico: mi viejo se enfermó cuando River se estaba yendo a la B y Félix, mi primer y único hijo, nació en pleno Gallardismo, la explosión vital que nos llevaría hasta el mayor triunfo posible, el de Madrid, la cruz que le faltaba a la iglesia gallina. A falta de estadísticas o estimaciones del porcentaje de hinchas que adop-

tamos el club de nuestros papás —o mamás, en menor medida—, en junio de 2019 propuse una encuesta informal desde mi cuenta de Twitter. Escribí la frase «Se hicieron hinchas de su equipo por...» y ofrecí tres opciones para completarla: «Influencia paterna o materna», elegida por el 68% de los votantes; «Tíos, hermanos, otros familiares», seleccionada por el 21%; y «Amigos, vecinos, otros», que sumó el 11%. Los participantes también agregaron, en los comentarios, influencias que calzaban en el «otros» de la tercera alternativa, como por ejemplo «el chico que me gustaba», «el color de la camiseta», «zona geográfica», «decisión propia», «influencia de un gran futbolista» y «lectura de revistas» —un listado de equipos campeones, la foto de un goleador colgado al alambrado—, pero el resultado mayoritario estaba claro: siete de cada diez ritualizamos el cuadro de nuestros padres.

Quienes seguimos ese legado no somos hinchas más legítimos que los disidentes familiares —voy al Monumental con más fanáticos que yo, como Coco Mazzucchelli, cuyo viejo es de Boca—, pero no conozco a nadie que no quiera trasvasarles los colores de su equipo a sus hijos: todos mis amigos futboleros de mi

generación, o algo más jóvenes, se abocaron o se abocan a la transmisión de esa alquimia. Sin contar las obviedades como el rechazo a la violencia, esa endogamia es el único terreno en el que no me interesa superar a los otros clubes. Ni siquiera competirles. Claro que desde el primer día hago todo lo posible para que Félix, ya de tres años y medio al entregar este libro, acepte mi descendencia futbolística, y también intento que los chicos y chicas cuyos padres son de River se sumen al linaje rojo y blanco de sus familias —a mis sobrinos Ine, Dante y Elena los saludo diciéndoles «gallinitas»—. Sin embargo, si un papá de Boca pretende que su hijo siga el azul y amarillo, yo me sumaré a esa causa, aunque sea bostera. Entiendo el fútbol como un sistema de castas en base a la elección de nuestros antepasados.